

• Libros •



Rafael Osío Cabrices

El horizonte encendido.

Viaje por la crisis de la democracia latinoamericana

Grupo Editorial Random House Mondadori, Caracas-Venezuela,
2006. 604 p.

En *Salitre en el corazón, la vida cotidiana en la Cuba del siglo XXI*, Rafael Osío Cabrices ya demostró su talento de gran reportero dotado de una mirada atenta, entrenada para la percepción de esos pequeños detalles que tienen grandes consecuencias. Detalles que ayudan a afinar el enfoque de la lente y nos permiten desentrañar los enigmas que plantean las circunstancias y las situaciones inéditas con las que se confrontan quienes ejercen esa profesión. Allí percibimos la maestría de su oficio: pasión contenida, en acecho constante, como un cazador, atento a cada rumor, a cada susurro que lo sorprenda en su búsqueda de la “huella dejada por la Historia”; el capturar el momento excepcional, porque fugaz, de la emoción que impregna la vivencia; el rastrear

el origen de los conflictos. Gracias al don de una escritura alerta, dotada de la precisión de la cámara fotográfica, el autor nos conduce a través de paisajes, situaciones, modos de hablar, acentos, toda una gama de impresiones que hacen que el lector se sienta también testigo presente de los hechos.

Pero el rasgo que mejor caracteriza a nuestro autor es su estado de alerta permanente que nace de su curiosidad por el mundo, del no satisfacerse con los lugares comunes, los tópicos mecánicos y superficiales, del ahondar en las complejidades, discernir los matices. Rasgo absolutamente inédito en un país en donde la tendencia es el ensimismamiento, el encerrarse detrás de las murallas de las diferentes “repúblicas” que sus habitantes se han

construido, animados por una marcada tendencia al aislamiento.

Hoy, que América Latina ha cobrado una visibilidad mayor, Osío Cabrices decide ponerle rostro, paisajes, olores, y, sobre todo, Historia a esos parajes que para la mayoría de los venezolanos son una abstracción difusa: sólo a los países andinos se les considera como a familiares lejanos y apenas se les mira con condescendencia porque “nosotros los liberamos”.

Osío Cabrices es de los que han vencido esa vocación de aislamiento, lanzándose a husmear otros horizontes, sociales, políticos, humanos, más allá de las fronteras nacionales: realizar obra de terreno, como los buenos periodistas de investigación, hoy, desafortunadamente, cada vez más raros, y es por ello que sus libros son también una “defensa de una manera de hacer periodismo”.

Más notable aún es haber orientado su curiosidad hacia los países vecinos, una región del mundo pocopreciada por el viajero venezolano, y en ello tal vez radica la mayor virtud de su libro. Liberado del complejo de «descubierta», tomó el lugar del descubridor y se entregó a la aventura de compararse, de someterse a la prueba del descubrimiento de sí mismo en la mirada de las otras variaciones sobre el mismo tema que integran el ser latinoamericano, porque así, como somos diversos, somos desiguales.» El resultado es *El*

horizonte encendido. Viaje por la crisis de la democracia latinoamericana, este magnífico recorrido por la América Latina social, cultural y política que hoy hace escuchar su voz, animada de un deseo de cambio y de una voluntad de vencer los anacronismos que la aquejan, buscando un camino propio para ser contemporánea de la historia.

Por la extensión recorrida y por los temas abordados, *El horizonte encendido. Viaje por la crisis de la democracia latinoamericana* no es una crónica de viaje, como nos lo advierte el propio autor, sino que está ungido del propósito de lograr una visión global, partiendo siempre de lo local, sin lo cual no es posible captar una visión de conjunto. Ya en la dedicatoria al pariente a quien destina su libro para agradecerle porque “le informó de la existencia del mundo” y en la cita de Marco Aurelio en torno al “temor al cambio” porque como se sabe, uno nunca se baña dos veces en el mismo río. Osío Cabrices revela el móvil que lo inspira y la pregunta que lo interpelará a lo largo de su vasto recorrido por los caminos de América y que atraviesa todo el libro: ¿está en peligro la democracia latinoamericana? Interrogación que revela una vez más su rechazo al estereotipo que pretende encerrar la crisis de modernidad que hoy enfrenta el continente, en el dilema entre izquierda o derecha, o en el no menos difuso, entre izquierda democrática e izquierda no democrática.

Como buen investigador, para poder lidiar con la enorme masa de información que manejó -algo que se percibe en la calidad de su trabajo- se dotó de un método y de un marco de referencias que le permitieran ordenar su material y así abocarse a pensar lo que hay de unidad y de continuidad, lo que hay de diferencias y de discontinuidad en la historia de los países visitados, estableciendo las interconexiones, para luego proceder a pensar esa historia y abarcarla en su amplitud espacio-temporal. De allí la necesidad del criterio espacial y geográfico para establecer una relación de incógnitas, una auditoría de incertidumbres, esos retos que depara un desvío por un continente que sigue todavía guardando sus zonas secretas, “indescubribles”.

Lo que nos demuestra el autor con singular precisión es la necesidad del desvío por la Historia si se quiere, realmente, comprender. Se trata de la Historia puesta en situación y en el contexto de los hechos, y en ello el autor se comporta más como historiador que como periodista. O en todo caso habría que situarlo en la genealogía de los grandes reporteros del pasado, cuando el oficio todavía se ejercía sin necesidad de pasar por una escuela de periodismo, cuando el trabajo lo realizaban eruditos autodidactas, animados por el propósito de conocer y de dar a conocer. Ya confiesa Osío Cabrices que sus inspiradores fueron los cronistas de Indias.

Percatarse de la realidad tangible del mundo latinoamericano, allí en donde se están dando fenómenos inéditos, porque están haciendo oír su voz mayorías que hasta hoy estuvieron reducidas al silencio y reclaman la parte de poder que les corresponde, cuestionando los anacronismos históricos de las antiguas sociedades de casta. Pero al mismo tiempo surgen incógnitas porque ese clamor se puede ver incautado por nuevos liderazgos, *outsiders* de la política que se proponen como portavoces, animados de una voluntad de cambio, aunque su retórica parece más bien remitir a un pasado obsoleto, inspirada en una visión conservadora que defiende un *statu quo* inoperante. Un contrabando que puede pretender hacer pasar por revolución lo que no sería más que un simple desplazamiento de antiguas élites por una nueva casta que ocupará alegremente el papel del nuevo rico. Contrastes de los que se debe rendir cuenta, pues acechan el entramado político de esas sociedades, con consecuencias imprevisibles.

La visión panorámica de *El horizonte encendido* abarca toda la región: los países andinos, los del Río de la Plata, el Caribe, América Central y Brasil, pero Venezuela y Bolivia se llevan la mayor parte debido a los conflictos que los atañen, tanto de orden económico como político y militar, al mismo tiempo que constituyen las dos grandes reservas energéticas del continente que ambos Estados usan como elemento de

presión o de alianza política. Se percibe que el autor se siente más conmovido, más interpelado por estos dos países. De Venezuela, no es de extrañar, pues es su país de origen y es su realidad y su vivencia cotidiana. Más sorprendente es su aproximación a Bolivia, el país más secreto y el de más difícil acceso, pues los bolivianos, cualquiera sea su origen, someten al forastero al más estricto ritual de paso antes de otorgarle su confianza. La profunda percepción que logró Osío Cabrices de ese país demuestra la calidad de los contactos que allí estableció, por haberles transmitido, qué duda cabe, su deseo, cargado de sinceridad inocente, de su empeño por comprender y no por juzgar.

Precisamente el libro entra en materia en Santa Cruz de la Sierra, la capital del Oriente boliviano, limítrofe con el Brasil, la región de mayor crecimiento económico del país, sede de las reservas de petróleo y gas y de la producción de soya. Frontera también con el Chapare, zona de la agricultura intensiva de la hoja de coca destinada a la fabricación de la cocaína, pese a que reitera con tanta vehemencia el presidente del sindicato de quienes la cultivan, los “cocaleros”, hoy presidente de la República, de que son cultivos sólo destinados al consumo interno.

En la primera página de la sección dedicada a Bolivia, aparecen delineados los contrastes agudos y de todo orden que caracterizan a ese país, uno de los más complejos del continente, tal

vez el más politizado y el más sujeto a los estereotipos y a las simplificaciones. El contraste entre modernidad y arcaísmo: en el autobús repleto de indígenas, el chofer escucha un disco de Eros Ramazzoti: así son las pinceladas que le permiten al autor ahorrar explicaciones.

Prosigue viaje al Perú, donde se encuentra con un volcán en estado de peligrosa ebullición en donde conviven también dos mundos, pero separados de manera más radical que en Bolivia. Luego al Ecuador dolarizado, pero que cuenta con el movimiento indígena mejor organizado del continente. De una frontera a otra, el autor nos introduce en la historia de los primeros siglos cada país en donde se encuentran las claves de la historia inmediata. Mediante sutiles pinceladas cada país va revelando su perfil, sus matices y diferencias. Colombia, país de los *ka-lashnikovs*, pero también de la refinada y cosmopolita Bogotá; país con el que el autor mantiene una relación de especial afecto por esos misterios del deseo y del placer y que en este caso tienen que ver con la oralidad, la cual remite a la relación más arcaica del ser humano: sólo en Colombia puede el autor degustar los batidos de feijoa, una fruta que sólo se consigue en ese país. Va al Uruguay civilizado porque sus habitantes prefieren la serenidad a dejarse obnubilar por la adrenalina. En América Central ya no hay guerras, por lo que ha dejado de tener interés

para Oliver Stone, dándole así la razón a Pompeyo Márquez, que hace algunos años, ante el reproche de una periodista de izquierda francesa que le criticó haber inducido al PCV a abandonar la lucha armada, contestó: “Sí, nosotros ponemos los muertos y ustedes después hacen la película”. Al final, una Venezuela “sitiada por sí misma”, en donde la democracia representativa ha sido sustituida por la puesta en escena de una ficción de “democracia publicitaria” y de leyes discursivas: “La revancha de la Venezuela rural, militarista y agraria que fue neutralizada por un tiempo por la democracia civil, urbana y petrolera”.

Calidad de percepción que lo acompaña a través de su largo recorrido, ahondando en las complejidades, desechando lugares comunes, negándose a adjudicar culpas. La necesidad ineludible para contextualizar las situaciones lo conduce a interrogar la Historia de los cinco siglos que han transcurrido desde 1492, de los cuales, las relecturas ideológicas han borrado de la memoria aquellos siglos que precedieron las guerras de independencia, como si los tres siglos de presencia española, con sus luces y sus sombras, jamás hubieran tenido lugar.

Al término de su recorrido, Osío Cabreres confiesa la imposibilidad de cubrir la vastedad del espacio americano, pues a medida que se desarrollaba su aproximación al continente constataba que América Latina, es una “erupción

volcánica que no acaba de enfriarse”. Sin embargo, deja asomar una luz de esperanza, cuando dice que la democracia no le parece que esté en peligro ni agonizando, sino que está “estremecida por los traumatismos inevitables de todo proceso de modernización”.

A lo sumo, nos deja sobre el tapete nuevas interrogantes y la esperanza de haber suscitado la curiosidad de emprender la misma aventura que le permitió la realización de este magnífico viaje a través de la intimidad de América y que debería ser un paso obligado para comprender el pasado y el presente de Venezuela.

Elizabeth Burgos
París, 22 de marzo de 2006